

Este artículo recupera los aportes de dos textos. El primero, una nota de opinión de Carlos la Rosa, centra la atención en lo que ha perdido el panorama educativo latinoamericano. El segundo, un trabajo de Augusto Pérez Lindo, se refiere a la participación universitaria en la reconstrucción nacional. Ambos se enmarcan en una misma línea: recuperar el espíritu de la revolución educativa. Tomando esto como referencia, se proponen aquí algunas ideas a partir de las cuales pensar el papel de la pedagogía universitaria en la presente coyuntura histórica.

NECESIDAD DE POLÍTICAS DE PEDAGOGÍA UNIVERSITARIA

Hace unos días Carlos la Rosa publicó una nota de opinión denominada “La mala educación”. En ella no plantea la alternativa de volver al pasado para recuperar lo que alguna vez fuimos en el concierto latinoamericano, pero sí centrar la atención en lo que hemos perdido:

“Pero sí es necesario recuperar la actitud, el espíritu con el cual la Argentina hizo su gran revolución educativa tras las miras de un país integrado de clase media, con convicción plena de que el instrumento clave de la movilización social positiva era la educación. Eso sí se ha perdido.”

En este mismo suplemento aparece un trabajo de Augusto Pérez Lindo centrado en la necesidad de la participación universitaria en la reconstrucción nacional. Como no hubo respuestas a las palabras de Carlos y como lo que plantea Augusto se enmarca en esa línea de recuperar la actitud, el espíritu de la revolución educativa, propondré a continuación algunas ideas para reflexionar sobre el papel de la pedagogía universitaria en esta coyuntura de nuestra historia.

Construir la mirada desde una determinada disciplina constituye un paso fundamental para llegar a ser alguien dentro de la misma. Pienso en la mirada del médico, del arquitecto, del ingeniero. Me pregunto, desde ese ángulo de análisis, por la mirada pedagógica en la educación en general y en la universidad en particular. Llevamos más de 2000 años girando en torno a dicha mirada. El presente en la enseñanza superior, nos impulsa a plantear preguntas como las siguientes: ¿Y si la mirada pedagógica estuviera todavía a medio construir? ¿Y si no la tuviéramos, aún hoy, clara? ¿Y si cualquiera creyera que la posee desde siempre?

Aclaremos el concepto que nos ocupa.

Llamo *mirada pedagógica* a la capacidad de percibir a los demás como seres de aprendizaje y desarrollo, en cualquier edad y situación social que sea. Pero no se queda ella en la comprensión de los aprendices, se amplía a todo lo que un educador ve. La mirada pedagógica percibe a la totalidad de la cultura como un

infinito tesoro de recursos para promover y acompañar el aprendizaje y el desarrollo.

No se agota en el acto de ver, no es un mero ejercicio de registro del entorno. En pedagogía, el ver y el sentir caminan juntos; el ver y el comprender, el ver y el poner en juego energías creadoras, el ver y el trabajar sobre las actitudes. La mirada pedagógica se juega en el conocimiento y la vida, en la ciencia y en las relaciones entre seres humanos.

La construcción de la mirada pedagógica dura tanto como la vida de un educador o de una educadora, y más que ella, porque generaciones de seres comprometidos con esa tarea vamos conformando el vasto y siempre inconcluso territorio de la pedagogía.

Hablamos de una pobre mirada pedagógica cuando la misma alcanza para abarcar sólo lo evidente en el espacio de la educación. El importante ámbito del aula, por ejemplo. Hemos caído (y sostenido por un tiempo ya excesivo) en la trampa de confiar todo lo pedagógico a la relación de enseñanza aprendizaje en el aula. La mejor prueba está en los presupuestos de las universidades nacionales: la casi totalidad se lo llevan los docentes, dedicados en su inmensa mayoría a moverse en esos límites, y los administrativos, destinados a permitir el funcionamiento de esos límites.

Se debería hacer pedagogía en las aulas (aunque en no pocas la mirada está a medio construir), pero también se debería hacer pedagogía en el conjunto de una universidad, de una facultad, de una carrera a otra. Y además en el inmenso ámbito de la relación con el contexto. No se trata sólo de producir conocimientos o de transmitir a los alumnos los que otros produjeron. Corresponde *hacer pedagogía* con ellos, hacia la sociedad en su conjunto, hacia la clase política, hacia las profesiones y los profesionales, hacia el resto del sistema educativo, hacia las diferentes prácticas, hacia los sectores mayoritarios de la población.

Nadie ha demostrado que a los educadores nos quepa sólo la pequeña libertad de hacer buena pedagogía en el aula y de estrechar la mirada pedagógica a ella. Nuestra condición nos lleva a educar en todas direcciones, de lo contrario renunciamos a buena parte del sentido de nuestra práctica.

No brillan nuestros establecimientos por un aporte sostenido a la educación permanente. De los presupuestos totales, la extensión con intención educativa es siempre mísera. Se gasta buena parte del esfuerzo pedagógico (cuando existe) en la formación de futuros profesionales. Las críticas a la universidad profesionalizante tienen todo el sentido y pueden hacerse extensivas a esa debilidad en la tarea de hacer pedagogía hacia la sociedad.

Las universidades producen mucho más de lo que comunican. Hay materiales de sumo valor que nunca son mediados pedagógicamente para llegar a quienes podrían beneficiarse con ellos para aprender, para resolver problemas de su vida

cotidiana. La deuda con la educación permanente tiene raíces pedagógicas profundas: la tendencia a la transmisión de contenidos no ha decaído para nada. El trabajo con el contexto, el diálogo con otros saberes, hacen difícil sostener ese juego tan vigente en el espacio de las aulas.

Dos tareas se nos abren: el apoyo a nuestros colegas universitarios para profundizar en la construcción de su mirada pedagógica y la ampliación de esta última más allá de la labor propia de las aulas. Estamos en el terreno de las políticas institucionales. La institución puede colaborar en la construcción de manera abierta, con políticas claras, o bien organizarse para entorpecer, frustrar y hasta casi destruir la mirada pedagógica. No colabora con la mirada la violencia institucional ejercida por míseros sueldos, por interinatos perpetuos, por dispersión de la práctica cotidiana en varios frentes de trabajo, por fragmentación de las cátedras, por estrechamiento de los tiempos del intercambio y del interaprendizaje...

Una política institucional de construcción de la mirada pedagógica significa, en primer lugar, el intento de remontar esas formas de violencia. Pero una política tiene sentido si se extiende a toda la polis. No es lícito lanzar una propuesta pedagógica de alcance institucional sólo para mejorar lo que sucede en las aulas. Reconocemos el valor de esto último, pero no es suficiente. Porque volvemos a condenar mirada y práctica pedagógicas a ejercerse sólo sobre lo más evidente, en tanto que ellas abarcan la vida toda de una institución y su posición en el concierto de la sociedad. Cuando las políticas se estrechan, lo que se estrecha es en realidad la institución, es su presencia en la sociedad.

No nos alcanza el válido hecho de ser un referente científico y profesional. Aspiramos a una universidad convertida de modo permanente, por su acción constante, por sus aportes en materiales y en presencia de educadores, en un referente pedagógico. Tal condición se construye a lo largo de años, en un diálogo con otras instituciones, con distintos actores y con la sociedad en general. Y se hace pedagogía no sólo por oferta de cursos y documentos de estudio. También por tomas de posición, por la voz alzada en determinadas coyunturas.

Para colaborar en la reconstrucción social, para recuperar la actitud y el espíritu que alguna vez nos hicieron fuertes en el terreno de la educación, es preciso estar bien parado en lo pedagógico.

Somos realistas:

Pedimos para la mirada y la práctica pedagógicas el ámbito completo de la universidad, en todas sus funciones y en todas sus relaciones.

Daniel Prieto Castillo

